

EL JAGUAR

Anacristina Rossi

En el denso entramado de árboles altísimos que parecían formar una sucesión de templos, entre las innumerables hojas, un pájaro azul y verde abrió el pico y cantó. Tenía la cola de una sola pluma larga, bifurcada al final.

El canto era continuo y hacía vibrar su garganta y su pecho y el aire del bosque. Era un canto dulce, melodioso, pero de pronto había interrupciones armónicas hacia arriba y hacia abajo que lo hacían sorprendente. El canto era un hilo que se iba enrollando en los troncos de los árboles.

El pájaro verdeazul oscuro estaba en un grueso cedro altísimo rodeado de jaúles y otros cedros igualmente altos y unos mucho más bajos árboles de San Miguel. Los árboles extendían sus ramas que se superponían o unían a otras como en amplios abrazos. Las hojas eran de todos los colores pero predominaban los mil tonos del verde. Ramas y hojas formaban estratos a distinto nivel, diferentes abrazos que llegaban casi al suelo.

El suelo estaba formado por líquenes, musgos, frutillas y hojas caídas. Las recién caídas brillaban enteras. Las que habían caído antes eran ya irreconocibles y las que habían caído muchísimo antes se habían convertido en humus, en suelo. Y bajo toda esa materia descomponiéndose, los hongos digestores, los hongos transformadores y transportadores enviaban sus largos tentáculos finísimos llamados ifas, que sostenían y alimentaban la vida de la tierra.

Todo era húmedo, denso, todo olía profundamente a materia vegetal, a pudrición, a transformación y renacimiento.

A través de los innumerables abrazos de ramas y hojas pasaba la luz. Los rayos de sol hacían brillar los verdes, marrones y amarillos y las gotas de lluvia o rocío depositadas allí. Los rayos de sol entraban por los pequeños espacios entre los estratos e iluminaban rincones con flores extrañas, anaranjadas, rojas, flores que parecían bocas, trompetas, de pétalos hinchados como labios carnosos, como manos, como dedos.

El pájaro seguía cantando y otro lo siguió. Y lo siguieron más de la misma especie verdeazul oscuro con la cola bifurcada. Y se agregaron al canto pájaros distintos. Unos de canto agudo, sostenido, hiriente. Otros de voces escandalosas, tipludas. Otros de voz susurrante que parecían querer callar a los demás.

En medio del griterío dulce y ensordecedor entró la brisa. Trajo un olor almizclado. Bajo los árboles altísimos pasaron despacio, sigilosos, cuidadosos, dos tepezcuintles, sus lomos dorados llenos de manchitas blancas.

Los pájaros siguieron cantando en el denso entramado de arriba. El olor almizclado se intensificó. Se hizo insidioso, penetrante. Llegaba una manda de zaínos. Ambas especies eran guiadas por un olor fresco. El olor fresco del agua, un olor sin igual. El olor y el sonido del agua en el bosque, su despeñarse puro, su amoroso remanso.

Los pájaros cantores, por un segundo, suspendieron la voz. Fue una interrupción casi imperceptible, como si a través de una corriente más rápida que la luz se hubiesen preguntado unos a otros “¿Volamos?”

Luego de tal hiato el canto se reanudó. El puma y el ocelote dormían en las ramas de los más altos ficus. La brisa fuerte que lo remeció todo y erizó el plumaje de las aves había tocado las narices felinas hipersensibles con un dedo perfecto, con un dedo colmado de aromas. Pero no los despertó.

Recibido em: 15/03/12

Aprovado em: 24/11/12